

La conferencia de Cancún

MAURO BARRENECHEA

En esa bella isla mexicana se reunieron los días 22 y 23 de octubre destacados líderes de 22 países que representan a 2.000 millones de personas —el 64 por ciento de la población mundial— y casi el 75 por ciento mundial del producto nacional bruto. Estaban representados líderes de países industrializados, como EE.UU., Gran Bretaña, Francia, Alemania Occidental, Canadá, y también países en vías de desarrollo, como Bangladesh, India, China, etc. De América Latina concurren México, Venezuela, Guyana y Brasil (Argentina se quejó por no haber sido invitada).

Durante seis años los países tercermundistas han procurado tratar con los industrializados acerca de cómo disminuir la creciente brecha que los separa, y de conseguir ayudas financieras y tecnológicas para poder desarrollarse, pero todo ha sido en vano.

Las 140 naciones que se clasifican a sí mismas como en vías de desarrollo, pagan la tremenda suma de 47 mil millones de dólares anuales solamente en intereses de sus deudas actuales. Y según un cable de la UPI, desde un punto de vista global, las naciones que no producen petróleo usan todo su ingreso de exportación solamente para pagar por ese producto, sin dejar un centavo para otras importaciones o para la tecnología. Por lo tanto, estas naciones dicen que necesitan mejores condiciones de crédito de instituciones como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, para poder desarrollar su economía.

A insistencia de EE.UU., los delegados de ocho de las catorce naciones en desarrollo se comprometieron a no sacar conclusiones ni redactar un comunicado final. En cambio, el presidente de México, José López Portillo, y el primer ministro de Canadá, Pierre Trudeau, prometieron un comentario ante la prensa.

Las reuniones se tuvieron a puertas cerradas.

El primer día, el presidente Ronald Reagan hizo una defensa del sistema capitalista liberal, y ofreció enviar misiones agrícolas a cualquier país que deseara lograr el mismo éxito del granjero norteamericano. Añadió que su gobierno mantenía el compromiso de "participar en la preparación de un proceso mutuamente aceptable de negocia-

ciones globales en circunstancias que ofrezcan las posibilidades de un progreso significativo". Y puso varias condiciones, entre ellas que se respeten las funciones de las entidades internacionales, "de las cuales todos nosotros dependemos, en el entendimiento de que las decisiones de esas agencias en su respectivo área de competencia son finales. No debemos tratar de crear nuevas instituciones". Insistió en las negociaciones bilaterales y regionales, y en el libre comercio. La principal propuesta de Reagan fue que cualquier negociación debe dirigirse a promover el crecimiento económico, y no a una distribución de riquezas, como desean las naciones pobres.

Los representantes de los 22 países coincidieron en que, con la actual tecnología y con una mejor distribución, sería perfectamente posible resolver el problema de la producción de alimentos en el mundo.

El presidente Luis Herrera Campíns, antes de partir de Venezuela, manifestó que la cooperación internacional proporcionada por nuestro país desde 1974 a junio de 1981 ha llegado a 22.863 millones de bolívares y que "en términos reales el gobierno venezolano otorga cooperación por una cantidad que representa entre seis y ocho veces la concedida en promedio por los países industrializados". Añadió que "a nivel doméstico los millonarios recursos que otorga Venezuela a la cooperación internacional originan críticas en el sentido de que esos recursos deberían ser destinados a atender las propias necesidades del desarrollo... llegando al punto de contraer hasta la fecha más de cien mil millones de bolívares en deuda externa". Después de la conferencia de Cancún, declaró que les fue "magnífico". "Creo, agregó, que logramos llegar a un acuerdo que nos hace ser razonablemente optimistas en cuanto a la renovación de las conversaciones globales en el marco de las Naciones Unidas".

No se sintieron tan optimistas otros países: Moscú, la Habana, Londres y Georgetown consideraron que dicha conferencia cumbre fue una pérdida de tiempo y de recursos, donde "no se hizo nada".

El presidente mexicano y el primer ministro canadiense publicaron un

largo resumen de los trabajos. Entre otros puntos, se dice que "muchos participantes lamentaron el gran volumen de recursos que se dedican a los armamentos y que mejor podrían dedicarse para fines de desarrollo". Hay algunas generalidades sin concretar, como por ejemplo: "Los dirigentes se comprometieron a trabajar conjuntamente con miras a intentar crear un orden económico internacional en el que todos los Estados podrían realizar su potencial con las mismas oportunidades. Los países en desarrollo, especialmente, podrían crecer y desarrollarse conforme a sus propios valores". Añade que "se recordó la propuesta de un plan mundial de energía y se luchó por el establecimiento de una filial energética del Banco Mundial". Y dice que "en el tema de los asuntos financieros y monetarios internacionales, los participantes revisaron las dificultades financieras que sufren los países en desarrollo, con relación a sus déficits en las balanzas de pagos, sus servicios de deudas y sus necesidades financieras". Pero acerca de este punto tan angustiioso, no se dice que tomaran ninguna decisión. Las únicas esperanzas visibles son el continuar el diálogo en las Naciones Unidas y una posible transferencia de tecnología en la producción de alimentos.

Más allá del caudal retórico que se desata en este tipo de eventos, hay que reconocer que conforme a las expectativas de múltiples observadores, Cancún ha pasado sin pena ni gloria: los países del Tercer Mundo han denunciado la insuficiencia de la ayuda transferida del mundo desarrollado a sus precarias y "recalentadas" economías; mientras que el mundo desarrollado ha tratado de magnificar sus contribuciones intentando plantear el problema en términos de la necesidad de mayores esfuerzos del Tercer Mundo para promover el crecimiento económico interno. Al final, algunas proposiciones redactadas genéricamente, la formulación de esperanzas acerca de la continuación del "diálogo" y ninguna modificación efectiva de la estructura de poder internacional.